

VIVAMENTE PERECIENDO

HOMBRE AL DIA

Tristemente embarcado,
desesperantemente escarnecido.
Muy hostigadamente
ilesa en la desgracia. Ferozmente seguro
de estar puesto en dos patas,
pues te han formado fiera,
tiniebla tras tiniebla. Sintiéndote humillado
en cada aprieto —impronunciable
por lo sin sentido—,
tu permanencia en el planeta
o región en que te plantas o te plantan
—y te entiniebla— a disposición
de una mal contada docena de personas —sólo en traza de persona—.

Sabiéndote aplastado,
demorado,
inaceptable y turbulento
como un mono en su jaula —donde salta de rabia o risa—.
Estando medio roto por la duda
de qué día, o en qué momento, o en qué microsegundo,
te dejarán colgado de tu resto,
maltraído, de pasos tumbadores.
¡Estando medio fenecido!

Puesto, así, tan al día, tan a lo que es de uso
corriente, repitiéndose
hasta lo inconcebible,
vas tragando la suerte de muerte a que te echan,
vas siguiendo derecho al borde de cien sustos,
te hallas en donde nos hallamos
—vanguardiosamente sufrientes *porque sí*—

y sueñas
con marcharte,
de una forma más tuya,
burlando sus designios: o reventando en llama
que a todo esto lo asole,
o haciéndote una piel tan dura
como la misma tierra,
para que al estallar como un petardo
— el fin que te tenían preparado—,
a su edificio horrible
lo aplastes con tu peso de sólido testigo
o de trabajador en el oficio de morirte con desprecio
y en buenas soledades. Donde morir es limpio,
fulgurante como el rayo
que junto a un trueno se hunde,
pero también se eleva
a manera de sacudida o antorcha,
iluminando lo que en torno se ha ido demoliendo.

EL SERIO

Muy serio estaba el serio. Tanto estaba,
que yo le quise hablar y miró serio.
Le pareció sin duda
que no era serio hablarme, columbrarme,
a mí que no soy serio
más que cuando me río la tristeza sabida.

Muy serio estaba el burro, digo el serio,
y de tan serio que se hállaba,
la gente más sencilla y temerosa
lo creía importante hasta lo sumo.

Muy serio estaba el hombre. No sé si hombre
era, pero decían «muy humano»,
aunque no alcanzo bien la concordancia
de «humanidad» con gravedad tan bestia.
Muy serio me miró si quise hablarle.

Mas renuncié —cuán presto— a tal coloquio
y me dispuse a irle
contando cosas a una piedra antigua.
Y aunque nada me dijo pronunciable,
que sonase a vocablo de uso externo,
algo me dijo como una campana.

En el ancho desnudo de su torre
secular, pajarera,
me exponía canciones de otro tiempo.
Me hacía son. Todo distinto
del sonido callado de aquel monstruo
de seriedad más seria que la piedra de un dolmen
que se moviera igual que un ser viviente
que viviente no fuera
(tan sólo un «ser» viviente por afuera).

ESCASO ES LO QUE SOY

Soy todo lo que sé, mas no sé nada.
Entonces, poco soy según mis cuentas.
Me voy a ir al morir con pie ligero,
mota llevada por el dios turbio del sueño.

Soy brizna elemental que el cierzo arrastra.
Me acabaré como en la noche un ave
se queda entre la enorme telaraña
del tiempo que tenía para el endeble vuelo.

Soy gozo de esperar y ¿acaso espero?
Me voy a ir a dormir con la cabeza
en una almohada así como la lluvia:
mojado hasta los huesos de algo que no recuerdo.

No obstante, y con excusas
por esta desmedida ambición mía,
creo que en algún rato supe cosas
—hermosas por sencillas— mayores que mi infierno.
Algo me ocupa, pues, el hueco, según veo.

A LA FUERZA

Para José Luis Prado Nogueira, compañero en los mismos tragos.

En tanto que tú buscas, mientras
tus impetuosos pasos tratan de concretarse
empezando en un palmo de la hierba,
y coges una menta, un tomillo;
en días extremos, una paloma caída
en el desnudo cuenco de estas horas,
aquí y allá se ocupan
de otra caza más próspera: van a coleccionarnos a nosotros,
los de siempre,
los más o menos pobres diablos,
lo que tú y yo podríamos decirnos resumiendo.

Ya sabes, somos débiles,
aunque estamos en número asombroso.
Somos muy vulnerables, nos empujan
y caemos como moscas.
La fortaleza del banquero y similares,
enseñorea cada instante, es la reina del mundo.
Nosotros somos débiles: desunidos,
nos pisan uno a uno.
Cuando en alguna desolada fecha nos contamos,
nos recontamos en el ruedo,
hay bajas, muchas bajas,
amontonadas por sorpresa,
cada vez que nos aventuramos
a decir nuestra rabia o ira allá afuera,
a la salida de los barrios. En el centro
de la ciudad han afirmado sus patibulos.
A empellones
nos llevan a todo, la muerte, la pobreza,
la desesperación o estar deshechos.
A empellones te ahorcan
desde la ilusión al último resuello,
te emprisionan o te siegan la paciencia.
La prepotencia es soberana;
y vernos esta alita nuestra por el cielo
les tumba a carcajadas, les despierta
el hambre carnicera también,
y somos su pasto más sabroso.

Nosotros, sólo —ya lo sabes—
tenemos
un puñado de aroma o simple aire
para todo. ¡El porvenir que se vislumbra
es de color de ser pisados como insectos!
¡Nuestro presente,
de un negro de rostro de horca
que con deleite mira a su presa más a mano!

Alguna hora habrá,
diríase más bien lejana o laboriosa,
en que nuestro gran mazo,
enracimado en los valles,
golpee sobre el paisaje erizado,
ensuavizando el tiempo en que *vivimos-no-vivimos*.
No sé si desde abajo o en el viaducto de la muerte,
levantaremos la bandera
para volar hacia la sed más amplia.
Mas si es tras de la muerte, solamente
aquellos que nos sustituyan
sabrán la luz, la aurora,
la bienaventuranza, el universo al vivo.
La cadenciosa marcha de los siglos que, al fin, se habrán abierto como
y estarán nuevos, rientes, [flores
enteramente comenzando
la libertad, lo libre entero;
el tiempo que esperamos
casi mirando a un imposible,
con un largo silencio en los ojos.

SINTOMAS REVELADORES

La gente dice sufrimiento.
¡De oídas! Yo sé cómo entra,
yo sé cómo camina a rastras,
yo sé cómo me debilita
un sufrimiento de edad incierta.

La gente habla de dolores
como si fueran sarpullidos.
Yo sé dolor que agita el cuerpo,
o el alma —que acaso es lo mismo—.

La gente dice sentimiento.
Yo siento lo que siente la huida
cuando le cierran tantas puertas
que tiene que quedarse y no tiene
ni una lágrima lavando esas bridas.
Ni una buena lágrima —rocío— en la ira.

La gente habla de que logra
circunstancialmente, contentos.
Yo llevo alegre al ser que puede
salir del yugo que me pesa.
(Mi ser terreno con amor sin tiempo.)
Yo soy alegre si me amueblo un cielo.

2

La gente que te tuteaba
y un día, al cabo del tiempo,
de usted te llama,
pone las cosas en su sitio,
establece la exacta distancia.

Porque hay una barrera en el solo,
y el que la salta, luego —sintiéndose
del solo distinto— la contrasalta.
Se ha dado cuenta de que allí
las palabras no caben. ¡Ramas
de soledad dejan todo en claro!
¡Ramas de soledad donde hay
más luz que en la vacua cháchara!
El solo, vivo, cierra su puerta
a los muertos cuando le hablan.

REHUIR EL FINAL

(26 de noviembre de 1970)

El áspero pueblo aragonés,
claveteado en los pinos.
La violenta refriega,
incomprensible explosión
extraída del fondo del licor maldito.
En la casa invitante
— el matrimonio anfitrión envuelto
en la estúpida marejada de puñetazos,
una ira momentánea
surcando el dorso de la mano mía
que golpeaba frenética—,
entre los playeros cuartos
que nos habían recibido
como a la ola que alegre acude.
Desapacible choque sin causa,
acaso todo proviniendo
de esta atmósfera brutal que invade las calles.

Y el irse, el irse, el irse,
con la niebla espesa en torno y en el interior,
perdidos en el monte inacabable,
equivocando el rumbo, paso sobre paso,
la nieve y las brumas con sus largas raíces,
y los huesos durísimos del silencio,
y aquellos fantasmales, escasos árboles
apareciéndose como dudosas patas de huidizas bestias
que nos espiaban con las sombrías pezuñas prontas al aplastamiento.
Tú y yo y la noche.
Tú y yo y nuestras manos juntas.
Tú y yo, sorteando el hielo y ofreciendo el mutuo calor
en una defensa angustiada contra el deseo de pararse,
de sentarse sobre la nevada y acabar con el remolino,
este remolino que nos lleva y nos trae como a los copos la nevasca.
Tú y yo, luchadora al lado mío, amada cuando más la tensión se
Tu cuerpo, tu proximidad, [interpone.
defendiendo entre la intemperie
el resto que queda, aun tras haber rozado el caos,
incitando a seguir, seguir en la continuidad,

la que ansía otras marchas,
otra fatiga, incluso trocear otros errores,
volcando de un lado ese féretro que nos toma la medida
en el grave desconcierto.
Ah, pareciendo que con tu contacto y tu apoyo
se iba restaurando el armazón de tantos posesivos días,
los días que nuestros unidos hombros sostienen.

* * *

En la huida a tiempo hay victorias.
Después del conflicto, de la debilidad,
de deslices o ciertos ofuscamientos;
después de brusquedades, manías o esporádicas ganas
de dar al traste con la resistencia,
en el combate, en los enfrentamientos,
cuando llega en ocasiones hasta esa insólita fruición
de adoptar una pasiva actitud de muerte antes de la muerte,
entonces, por el roce de una querida piel, por una mirada,
por un andar que te hace el dúo,
se prosigue, la ahita suela renueva su cansancio contra el guijarro,
y el golpe de mucho logra empequeñecerse
y la pierna acomete una vez más su ruta desencauzada.

Con las manos en las manos,
tú y yo, como en tantos fracasos y duelos,
dejando atrás el paso aquel, la trifulca
surgida sin pies ni cabeza,
apretados en un haz marchamos hacia aquí
por la borrosa adorada carretera,
y hoy nos besamos entre las gotas de sangre,
tímidamente riendo un cielo nuestro
en la difusa madrugada ganada y sobre el polvo
de un recordado episodio triste.

MANUEL PINILLOS
Coso, 8
ZARAGOZA